

PARA SIEMPRE

Es muy difícil para mí tratar de resumir quién fue mi padre. No puedo hablar de su carrera separándola de él. La distancia entre los dos es demasiado pequeña. No puedo segmentar su desarrollo profesional de lo que me transmitió. No puedo mirar la pasión que puso en su trabajo, sin sentir antes la pasión que puso con nosotros, su familia. Yo fui testigo de su trabajo, pero no soy capaz de contar linealmente su carrera; por encima de todo soy su hijo, y testigo de él como Padre. Por ello he preferido construir la parte que tiene que ver con su trayectoria profesional fijándome sus propios escritos, para que sea él más que yo quien defina lo que hizo.

En el colegio ya era buen estudiante, nunca empollón, aunque siempre ordenado. Le gustaban las ciencias pero aún no tenía una vocación clara. Su padre, el abuelo Paco, ingeniero de telecomunicaciones, parecía el ejemplo a seguir más previsible. De este modo se matriculó en el Selectivo de Ciencias de la UCM, común para las ingenierías; pronto empezó a sentir que su camino no sería ese. Su vocación se presentaría a través de su maestro, D. Javier Etayo, que le mostraría una matemática que desconocía y que mi padre describiría así en un artículo en su recuerdo: “elegante, majestuosa y sintética, pero además, soporte de otras ciencias y capaz de estructurar en cierta medida la realidad y de resolver algunos de sus problemas”. Empezó así a construir el centro de lo que sería su desarrollo intelectual, la matemática. A partir de aquí continuó su camino hasta licenciarse en la especialidad de Matemática Pura y posteriormente ejerciendo de profesor ayudante con el profesor Etayo. Su siguiente paso sería prepararse la oposición para catedrático de Instituto. Al obtener la cátedra dejó la facultad y comenzó su camino por distintos centros.

El circuito comenzó en Linares, del que siempre guardó muy buen recuerdo, la calidez de la gente y la tranquilidad del lugar le hicieron pasar un buen año allí. A veces recordaba cómo se jugaban las cañas a los chinos entre los profesores y multitud de anécdotas con los alumnos, con los que manejaba un tono muy cercano, al fin y al cabo, en aquella época mi padre apenas les sacaba diez años, os podéis imaginar. De Linares pasó a Aranjuez, Alcalá, Torrejón y Madrid Centro finalmente, que era su objetivo. Conozco muchas anécdotas de esta etapa, y sé que uno de los mayores retos fue poner en marcha el Instituto número 2 de Alcalá, el hoy llamado Instituto Pedro Gumiel. Fue el primer director de este centro, y tuvo que gestionarlo casi todo. Como ya he comentado obtuvo la cátedra muy joven, y alguna vez me reconoció que aún no estaba muy centrado. Como supongo que muchos conoceréis siempre fue un amante de la música, y en esa época compatibilizaba su responsabilidad docente y sus investigaciones sobre Geometría y Topología, con la vida nocturna de la tuna. Dos perfiles que parecían totalmente contrapuestos, pero que el tiempo iría relacionando. Podría contar muchas historias de cómo mi padre lidió con las dos facetas, y cómo consiguió compaginar su respetable imagen de profesor de matemáticas o de director de Instituto con su pasión por la música.

Catorce años ejerciendo la enseñanza en secundaria. Sin duda mi padre conocía el terreno que en el futuro enseñaría.

Durante estos años en Institutos mi padre comenzó también su labor como investigador. Leyó la tesis en 1983, bajo la dirección del profesor Etayo, obteniendo el título de Doctor en el Área de Geometría y Topología, por la UCM, con la calificación de sobresaliente cum laude: “Derivaciones, pseudoderivaciones y casi-derivaciones de grado superior y su comportamiento algebraico”; y escribió sus primeros artículos sobre geometría diferencial. Poco a poco se fue alejando de esa matemática pura, con esos nombres, como el de su tesis, que dan miedo, y fue aplicando todo lo aprendido a otros campos. Le gustó trabajar e investigar, siempre movido por la curiosidad, pero le resultaba algo frío ese mundo de congresos de matemática pura, que requerían una dedicación casi exclusiva. En 1987 volvió a la UCM, al departamento de Álgebra, como profesor asociado, donde impartió Metodología y Didáctica, simultaneando esta labor con su plaza de Instituto. En este punto empezó a vislumbrar su carrera relacionada precisamente con ese tema: enseñar a enseñar matemáticas. Contaba con un profundo conocimiento matemático y, por otra parte, con una gran experiencia docente, por lo que tomó la decisión de opositar por una plaza fija en la universidad.

A partir de aquí comienza su historia en la UAM. Una vez aprobada la oposición a cátedra de EU, pasó a formar parte como profesor en la Escuela de Magisterio Santa María, que poco después fue Facultad de Formación de Profesorado. Contribuyó muy activamente en la creación del Departamento de Didácticas Específicas, siendo vicedecano de profesorado durante casi ocho años, y poniendo el alma en la justa defensa de nuevas plazas de contratación de profesorado, participando en la creación de planes de estudio, etc.

Debo ser fiel a mi padre en estas líneas y decir que su camino por la facultad no fue siempre fácil. Su primer desencanto tuvo que ver con la propia obtención de la plaza como catedrático de Escuela Universitaria. Consiguió la cátedra sin ser el candidato querido, lo que le llevó por un camino de desencuentros, que tuvo que recorrer con coraje, hasta lograr lo que legítimamente le correspondía. Evidentemente esto no le hizo entrar en el mejor de los escenarios, y a partir de entonces cosechó varias frustraciones. Sus relaciones con los órganos de poder a menudo no fueron buenas. Siempre fue crítico con los mecanismos que funcionaban dentro de la universidad, con la conformidad reinante y con los que permanecían callados por su comodidad. Definitivamente mi padre no era el tipo de hombre que asiente fácilmente, él era honesto y tenía un fuerte sentido de la justicia. Era valiente y, ante todo, puso por delante lo que consideraba justo. Nunca dudó en apoyar a sus compañeros frente a las arbitrariedades. Sin duda este camino le hizo vivir muchas más decepciones, pero tenía algo de Quijote, y supo sacar fuerza de todo esto para desarrollarse profesionalmente en otros campos académicos fuera de la universidad, donde consiguió gran reconocimiento.

Ponía esfuerzo y pasión en su trabajo, era un currante, siempre motivado por su espíritu curioso, se interesó por multitud de líneas de investigación y sus relaciones con

otros campos. Intentaré resumir su trabajo al margen de la docencia, aunque, como digo, fue muy inquieto y prolífico, y no es una labor fácil. Siempre quiso contemplar la matemática en su conjunto, y en general la cultura, su afán siempre fue el de integrar y relacionar sus conocimientos. Le escuche varias veces esta frase, de uno de sus referentes, Puig Adam, que utilizó para referirse a Luis Rico, en el homenaje de su jubilación: “tended a ser un poco aprendiz de todo para vuestro bien y, al mismo tiempo, maestros en algo, para bien de los demás”. Creo que mi padre también se sentía identificado con esta recomendación, y considero que lo consiguió.

Uno de los campos que más le interesaba era el histórico, tenía un enorme conocimiento sobre la historia de la educación en España y sobre la evolución de la matemática a lo largo de los siglos. Disfrutaba leyendo libros antiguos y se asombraba observando los insólitos escenarios que nuestro país había tenido en materia de educación. Desarrolló, en este sentido, gran cantidad de artículos y publicaciones, entre ellos, su libro: “La matemática española y la crisis de finales del s.XIX”. Luis Rico describía a mi padre como: “un ilustrado formado en matemáticas y en historia, con conocimiento sólido sobre la historia de la matemática y de la educación matemática y amante de las buenas letras”. En este sentido mostró gran interés también en divulgar figuras que consideraba ensombrecidas en la escena cultural de nuestro país: me habló de Echegaray, Puig Adam, Miguel de Guzmán o Rey Pastor, con verdadera pasión. Entendió la memoria y el patrimonio cultural como un eje siempre en su trabajo y fruto de su visión integradora, lo trató de aplicar también a la didáctica de la matemática para humanizarla. Su trabajo didáctico estuvo muy relacionado con el histórico, prueba de ello es su libro: “Principios Didácticos e Históricos para la enseñanza de la matemática”, que gozó de gran reconocimiento. Trató de seguir la línea de algunos de los autores que ya he citado, buscando las claves para el aprendizaje en la propia génesis de los conceptos, así como en su evolución a través de la historia. Logro obtener el Primer Premio Nacional de

Experiencias Didácticas en el área de Ciencias, en 1993, que convocaba el CDL en colaboración con el MEC. Era crítico con algunos aspectos de la pedagogía moderna, consideraba que a menudo se utilizaba una jerga y un aparataje excesivo para lo que se quería mostrar. Su formación matemática le hizo entender el rigor y la síntesis como camino en su proceso de trabajo, lo que se oponía a otros enfoques sobre esta materia.



Estuvo también preocupado con el sistema educativo actual y con el peso, y el modo, en el que las matemáticas influían en él. Investigó y publicó sobre el pensamiento numérico y algebraico, que identificó como un tema de delicado aprendizaje. Alguna vez hemos hablado de esto, así como de la automatización en la enseñanza en general, una de sus luchas. La mirada de mi padre se basaba en el pensamiento crítico y puedo decir sin duda que yo crecí conforme a esos valores. A mí siempre me gustó, seguramente gracias a él, recibir ese tipo de educación que pone más a prueba la capacidad de razonamiento y la inteligencia, que cualquier capacidad memorística o automática. Podéis imaginar que yo viví en primera persona este enfoque de mi padre durante mi etapa en secundaria, y siempre fue con muy buenos resultados. Consiguió que yo retuviese conocimientos y mi implicación. Recuerdo especialmente una vez, que coincidió precisamente con la introducción del lenguaje algebraico, en la que yo suspendí un trimestre de matemáticas. Mi padre se volcó conmigo, bastante sorprendido por el modo en el que se nos empezaba a explicar el álgebra. El resultado fue que acabé sacando sobresaliente en la asignatura, obteniendo una visión clara y sólida para los años posteriores y motivado por el control de esas herramientas. Mi padre procuraba que descubriera la mecánica de las matemáticas mediante mi propia intuición, eso sí, requería también del esfuerzo y la práctica que hacen realmente absorber los conocimientos. Puedo ampliar este método a la forma en que guió mi educación en general, siempre recibí ese enfoque crítico, que me orientó hacia el conocimiento a través del discernimiento y de la voluntad.

Trabajó mucho también en divulgación matemática, en ese intento suyo por mostrar una cara más amable. Era común que en sus conferencias, e incluso en sus clases, según me contaba, introdujera notas de humor, recortes de prensa y anécdotas. “El Rostro Humano de las matemáticas” fue un ejemplo de este tipo de proyectos. En general siempre trató de humanizar la ciencia que amaba, y presentar la cara más curiosa, e incluso mágica, de ellas. Desde pequeño me hizo partícipe de esta visión: recuerdo jugar con un tangram, que me desvelara la ley oculta tras algún juego de adivinación, o experimentar recortando cintas de Möbius por la mitad.

Disfrutaba mucho extendiendo este tipo de relaciones entre disciplinas. Una de las vertientes por la que sentía una mayor curiosidad era sin duda la relación entre arte y matemáticas. Investigó los lazos que unían matemática, pintura, música, arquitectura o poesía. Desde que yo era pequeño compartió conmigo algunas de estas inquietudes, como la relación áurea, que yo observaba como algo mágico. Dentro de esta relación entre arte y matemática experimentó también con la poesía, escribiendo el libro “Las mates en verso”. Durante su creación compartimos mucho tiempo juntos, ya que me pidió que me encargara de las ilustraciones, que acabamos desarrollando mano a mano, durante algunas noches de verano con una copa, padre e hijo. De esta atrevida unión entre matemáticas y poesía surgió también la obra musical “Ensalada Matemática”, en la que junto a la música de Enrique Muñoz, hacía un recorrido por la historia de la matemática. He de agradecer aquí la sensibilidad que tuvo Enrique al proponer que fuera esta obra la que rindiera homenaje a mi padre recientemente.

Con su esfuerzo, entre todos los campos que he nombrado, además de numerosos libros de texto, consiguió aportar más de cien publicaciones, entre libros y artículos, impartir más de setenta conferencias y cursos de profesores, participar en numerosas mesas redondas, y dirigir más de veinte cursos de profesorado. Colaboró con varias revistas internacionales como *referee* o miembro de su comité científico. Participó activamente en multitud de instituciones como la Real Academia de Ciencias, la Real Sociedad Matemática Española, la UCM, la UNED, el Colegio de Doctores y Licenciados, la sociedad Puig Adam, etc. y colaboró con otras como: MEC, la Agencia Nacional de Evaluación y Prospectiva o la UIMP, etc.

Desde que mi padre murió, he intentado acercarme, escribiendo, muchas veces a él. Como decía al principio, nunca me lo había planteado desde una perspectiva de su desarrollo profesional, aunque me parece justo que también esto sea valorado. Me ha resultado muy difícil poder describir lo que hizo de una forma ordenada y separar todas las áreas de conocimiento que tocó y que yo siempre entendí juntas en mi padre. Al principio de este texto hablaba de él de joven, disfrutando como profesor y como músico. Creo que el tiempo hizo que todo eso, sumado a lo que fue aprendiendo en su camino, confluyera en una visión muy especial, en la que es igual de difícil dividir la historia, el arte, la didáctica y las matemáticas en su carrera, como separar su trabajo de su pasión y curiosidad.

Pero por encima de todo era un hombre bueno, cercano y honesto, que siempre ayudó a quién lo necesitó. Valoró a todas las personas que se fue encontrando en su camino, más incluso de lo que muchos imaginaron. Tuvo la sensibilidad para resaltar siempre el lado humano de su trabajo. Recuerdo que me contaba, cuando volvía de visitar a los alumnos de prácticas de infantil, cómo habían reaccionado los niños, o cómo le habían tirado del bigote. Le escuché hablar con verdadera admiración de la labor que realizaban los profesores de infantil. En general, siempre le vi conmovido cuando hablaba de gente buena. En ese sentido escribía mi padre de su maestro, D. Javier Etayo, tras su muerte que ahora se encontraba donde descansan los hombres buenos. Al final, después de tanto trabajo y esfuerzo, yo no puedo más que desear lo mismo, que descanse, y sobre todo, que descanse donde los hombres buenos, porque de pocas cosas puedo estar más seguro de que es lo que merece.

Descansa en el lugar de los hombres buenos, Papá.

Javier Peralta Vide

